



www.loqueleo.com/es

Título original: CIPI

© 1970, 1972, Giulio Einaudi Editore S.P.A., Torino

© 1979, Viví Escrivá

© De la traducción: 1979, Carmen Santos

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-111-1

Depósito legal: M-37.561-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: marzo de 2020

Más de 52 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Cipi

Mario Lodi

Ilustración de cubierta
de Carles Ballesteros

loqueleq

El nacimiento de Cipi

Había una vez (y todavía hay) un pueblecito que se extendía sobre el verde y al sol; en el pueblo había un palacio alto alto y en el tejado del palacio, escondida bajo una teja, una gorriona incubaba sus tres huevecitos, sin abandonarlos nunca. Papá gorrión se encargaba de traerle la comida, volando del nido al campo y del campo al nido, eligiendo para ella los granitos más tiernos y sabrosos, y cuando se los llevaba le decía:

—¡Ten paciencia! ¡Dentro de poco serás mamá!

Una hermosa mañana de primavera la gorriona oyó: «Cric, cric...». Entonces

alzó las alas y vio que habían nacido los tres.

—¡Qué feliz soy! —exclamó y levantó el vuelo hacia el cielo azul junto a papá gorrión.

8



Batió las alas entumecidas al sol cálido, después se elevó por encima de los aleros, más

arriba de la aguja del campanario, cada vez más arriba, hacia el azul. Luego se lanzó de nuevo hacia su nido y al pasar gritó a las nubes, al sol, a las golondrinas, a la cinta de plata que serpenteaba allá abajo, entre los prados verdes, a las florecillas y a las briznas de hierba, a los árboles que maduraban sus frutos y a los álamos que montaban la guardia junto al río, tiosos como guardias civiles en posición de firmes:

—¡Han nacido! ¡Soy mamá! ¡Son tres!

De vuelta en el nido los observó atentamente; ¡qué guapos eran, aun sin plumas, sus hijitos! Alargaban el cuello hacia su mamá, abrían el pico, la llamaban.

Uno, el más chiquitín, era el más vivaracho; agitaba las alitas y daba vueltas de uno a otro lado como si el nido fuera demasiado estrecho para él. Los hermanitos hacían: «Cip, cip, cip», con garbo; en cambio él gritaba: «Cipi, cipi, cipi» y no paraba nunca.

—¡Ya está, le llamaremos Cipi! —dijo la mamá.

Oyendo aquel extraño canto el papá y la mamá le decían:

—¿Por qué lloras?

—¡Cipi, quiero salir de aquí! —gritaba él.

10 —Quédate aquí, ahora te tapo con mis plumas calientes —le susurraba la mamá mientras le calentaba con el ala.

Los otros dos se adormilaban enseguida, en cambio él se agitaba:

—Cipi..., cipi, ¡quiero salir de aquí! —Y eran necesarios todos los arrumacos y toda la paciencia de la mamá para convencerle de que se durmiera como sus hermanitos.

Una vez que papá y mamá no estaban allí, desnudo como se encontraba, saltó fuera del nido y empezó a corretear por los tejados, y cuando llegó al borde miró hacia abajo y sintió vértigo.

El mundo

Por suerte papá y mamá llegaron a tiempo y le llevaron de vuelta al nido. 11

—¿Por qué eres tan desobediente? —dijo la mamá.

—¡Quiero ver lo que hay abajo!

—¡Es demasiado pronto, todavía no tienes plumas y eres pequeño y débil!

—Quiero ver..., cipi, cipi..., quiero salir de este agujero.

—Este agujero es nuestra casa. Cuando tengas plumas iremos juntos a ver todo: la Bola de Fuego, la cinta de plata, la planta...

Uno de los hermanitos abrió los ojos y dijo:

—Nosotros iremos a ver lo de abajo cuando seamos grandes.

—¡En cambio yo me voy enseguida!
—gritó Cipi y se escurrió bajo el ala de la mamá, saltó del nido y escapó; pero el salto fue tan grande que fue a dar con el pico en la chimenea.

12

—Cipi..., cipi... —lloriqueó—, ¡me duele aquí, me duele acá!

Mamá gorriona le llevó dentro.

—¿Has visto lo que les pasa a los desobedientes?

—Me duele aquí, me duele acá —repetía Cipi acurrucado bajo el ala de su mamá. De repente se calló, levantó la cabeza asustado y gritó:

—¡Mamá!

—¿Qué pasa ahora?

—¿Quién hace tum tum, tum tum?

La mamá sonrió:

—Es mi corazón. Ahora duérmete y todo pasará, ¿me lo prometes?

—¡Cipi! —respondió el pajarito y quería decir sí.

Pero un instante después volvió a empezar.

—Mami, ¿qué es la planta?

13

—La planta son los brazos verdes en los que descansaremos durante el primer vuelo...

—Y Bola de Fuego, Mami, ¿qué es?

—Es nuestro amigo que arde en el cielo para dar calor y luz.

—Mami, ¿qué es el cielo?

—Nuestro camino.

—¿Y la cinta de plata?

—El espejo en el que admirarás tus hermosas plumas, cuando las tengas.

—Y las plumas, Mami, ¿qué son las plumas?

—Estas que te dan calor —dijo la mamá abrazándole con cariño.

Así, con mucha curiosidad por todo, poquito a poco Cipi echó las plumas y se preparó para ver con sus propios ojos cómo estaba hecho el mundo.

14

